

CULTURA

Reivindicación de la Avellaneda.

La sección de "Biografías cubanas" de la "Editorial Trópico" se ha enriquecido últimamente con un volumen consagrado a Gertrudis Gómez de Avellaneda, escrito por Rafael Marquina.

Digamos de entrada que tiene gran significación esta colección de "Biografías cubanas", que ya alcanza al volumen 10, y que dota a nuestras letras de una serie de libros utilísimos en que figuran las vidas de muchos grandes hombres de nuestra patria. Desde la biografía en que Márquez Sterling nos dió un Agramonte llenó de espiritualidad y de vigor, moviéndose en un cuadro armonioso en que resplandece un acendrado paisaje de cubanidad, hasta este volumen en que aparece una Avellaneda muy femenina y muy cubana, llena de espiritualidad y de pasión, se intercalan muchas otras recreaciones de figuras nuestras que vienen demandando la consagración del volumen en que palpitaban sus vidas y sus obras. Así el "Máximo Gómez" de Souza, que es una biografía difícil de superar, el "Varona" sutil y profundo de Medardo Vitiér, el "Estrada Palma" reivindicador, escrito con soltura y elegancia, de Camacho.

Indicaba una dirección o indicaba un gran servicio con esta imagen que él nos devuelve de la Avellaneda, desde su generoso espíritu de comprensión y de espiritualidad.

La imagen de la Avellaneda fijada en la mente del cubano estaba enturbiada por más de un prejuicio, originado en la leyenda o en la mala fe.

La frase famosa atribuida a Juan Nicasio Gallegos —"es mucho hombre esta mujer"—, concretó el ambiente de ingenio y mediocridad en que la criolla tuvo que desenvolver su fuerza creadora, y contra el cual necesitó luchar. Y esa frase se interpuso siempre entre la Avellaneda y la sensibilidad que quería captar su esencia. Era como una etiqueta que de antemano fijaba una dirección o indicaba un peligro.

En la obra de Marquina se va derecho a la más tierna intimidad de la poetisa. No es el aparato externo de su obra, su vigor creador, su lucha contra adversidades materiales, lo que da el tono a este libro. Es la ternura femenina a veces

oculta por realidades externas contra las cuales ha de luchar, es la pasión de una mujer siempre incomprendida, siempre en manos de lo circunstancial cuando en ella alentaban ansias de perennidad. Y como Marquina va constatando a todo lo largo de su obra, siempre siguiendo a sus momentos felices el complemento doloroso que llena de amargura una vida hecha para la felicidad, para el amor y para el arte.

Se sigue con simpatía creciente la peripecia vital de la Avellaneda, que es lo que el autor intenta dar, y lo logra con extraordinario acierto. De este modo leemos su libro como quien lee la novela de una vida llena de pasiones, la historia fervida de una gran amorosa, con sus desengaños y sus grandes contratiempos espirituales, el relieve de los hechos, subrayado por el fuego de aquella alma abrasada en su apasionamiento y víctima frecuente de su mismo temperamento demasiado femenino, demasiado crédulo y tierno.

Aunque no sea sino por romper con la falsa idea de una Avellaneda calculadora, fría, hombruna, este libro merece la lectura y la gratitud de los cubanos. Es como si nos devolvieran a la poetisa tal como nosotros la deseamos; tal como merece ser reverenciada, en su doble condición de mujer muy mujer y de artista inspirada.

Su cubanidad es otro punto esencial en el libro de Marquina. No queda duda ya, después de leer esta obra, de que la Avellaneda sintió en lo profundo de su ser como cubana y no quiso ser otra cosa que cubana. También nos la devuelve Marquina limpia de toda tacha de anticubanismo. Y vemos claramente que no fué por cálculo cómo en ocasiones pregonó su cubanidad.

No dejamos de la mano este libro sin haberlo leído cumplidamente, página por página. No hay escena que no palpite y se sienta palpitante en ella la vida de la criolla cercada de convencionalismos que hicieron dolorosa su vida extraordinaria.

Un libro así, escrito con simpatía, con temblor espiritual, con finura de frases, rico en detalles psicológicos, es el gran homenaje reivindicador a la gloria de la Avellaneda.

Juan de MADRUGA.

Acción, ay 10/39